

EL FUSIL

OFICINAS
Calle de los Cabos, núm. 4, 1.ª planta.

PRECIOS:
Suscriptor (un año)..... Tres pes.
Extranjero (dos años)..... Seis »
Número suelto corriente..... 5 cént.
» extraordinario..... 10 »
» suelto..... 25 »

Para los paquetes a 5 céntimos.
Extraordinario: a 8 céntimos
(más 5 céntimos en aduana.)

PAQ. ADELANTADO
El número del tiro ó de la Prueba, salvo error
ó letra de fácto sobre.
no se admiten devoluciones.

En la correspondencia al administrador:
D. José Arruñak

Siglo II.—Año XIII.—Disparo 642.

SEMANARIO RADICAL

Madrid 24 de Diciembre de 1910.

ÓRGANO OFICIAL DEL SENTIDO COMUN

YO TIRO SIN COMPANION.—YO NO ADMITO SUBVENCION.—NI ME CASO NI ME VENDO.—DE RETÓRICAS NO ENTiendo.—Y AL LADRÓN LLAMO LADRÓN

JUICIO DE RESIDENCIA



EL JUEZ.—La acusación ha sido tan formidable y tan floja la defensa, que hallamos diez millones de... motivos para condenar al reo.

¡ESPAÑOLES!

¡¡Abrid el ojo!!

Como de costumbre, publicará EL FUSIL, el año próximo, un morrocotudo y despampanante ALMANAQUE con abundante metralla en prosa y verso, á pluma y á lápiz, que nada tendrá que envidiar á los de los años anteriores.

Este ALMANAQUE se regalará á todos los suscriptores que tenga pagado el año adelantado, ó por lo menos, siendo ya antiguos suscriptores, hasta fin de Junio de 1911, y á todos los que se suscriban de nuevo; pagando, por supuesto, el año adelantado de suscripción.

Para evitar dudas y reclamaciones, conviene hacer constar que la suscripción que da derecho al regalo del ALMANAQUE es la que se sirve directamente por esta administración, pero no la que en cualquier forma sirvan los correspondientes del paquete que les enviamos. ¿Está claro?, que diría Maura.

Para calmar impacencias, advertimos que el ALMANAQUE no se publica hasta fines de Febrero, con objeto de esperar á que hayan renovado la mayor parte de suscriptores.

¡Con que, españoles, á suscribirse al periódico mejor, más bonito y más bara-

to del mundo y sus islas adyacentes! ¡Fusileros, á renovar como un sólo hombre!

¡¡EL ALMANAQUE de EL FUSIL para 1911 os espera!!

RÁFAGA DE SINCERIDAD

Hace pocas tardes una señora amiga mía fué á presenciar una sesión del Congreso, llevando consigo a una niña de tres ó cuatro años.

La sesión dió muy poco de sí en calidad de espectáculo distraído. Unas preguntas de unos señores diputados acerca de pequeñas caciquerías con las respuestas torpes é incoherentes del inverosímil Merino; unos ruegos de otros diputados acerca de las deficiencias del servicio ferroviario con las explicaciones vagas é ininteligibles del corpulento Calbetón y Blanchón, y finalmente, el orden del día con un discurso largo, pesado, monótono del señor Martín Sánchez combatiendo la totalidad de no recuerdo qué presupuesto, uno de esos discursos que se pronuncian por fórmula y que son siempre los mismos.

La señora iba resistiendo la monotonía de la sesión; pero la niña no pudo aguantarla. Tirando del vestido de su mamá le dijo con la media lengua que suele resultar tan graciosa:

—Vámonos ya, mamita, que no me gusta nada ese señor que canta, porque es muy feo y no sabe decir más que su señoría... su señoría... su señoría...

Verdaderamente suelen ser empalagosas las sesiones. Todo se les vuelve á los diputados llamarse mutuamente dignísimos, respetables, elocuentes, queridísimos. A veces sabe el diputado ó el ministro, que su contrincante es un bandido de siete suelas, un sinvergüenza de marca, un perdido rematado. Particularmente han hablado pestes de él, y tienen que hacer esfuerzos para no negarle el saludo; pero en el salón, en el teatro de la farsa parlamentaria, hacen la comedia y ponen en el lenguaje todos los convencionalismos, toda la retórica huera, y al que tienen conceptuado de bandido, de sinvergüenza, de perdido, lo califican de distinguido, de respetable, de *señoría*.

Por esto cuando, alguna vez que otra á algún diputado se le va la lengua y dice alguna crudeza, sea ó no justa ó merecida, yo me felicito de tamaño exceso, porque me parece que se orea un poco aquel ambiente de mentira, aquella atmósfera de farsa.

Y por esto, cuando en la sesión del lunes de esta semana, al tratarse del asunto de las aguas de Barcelona, se oyeron los calificativos de ladrón, de canalla y de miserable, sentí una impresión de placer

extraordinaria. ¿Eran merecidas aquellas injurias? ¿Se trataba sólo de arrebatos pasionales ó respondían á la verdad los calificativos que se aplicaban? No lo sé; pero merecidas ó no, me sonaron las palabras muy bien en los oídos.

—¡Ladrón!
—¡Miserable!
—¡Canalla!

Yo que he pasado años y años oyendo desde la tribuna del Congreso las palabras *distinguido* y *respetable* y he visto que los respetables y distinguidos hacían grandes fortunas por arte de encantamiento, que el país era atracado en su dignidad y en sus intereses como se atracaba en Sierra Morena, que se hacían grandes negocios por mar y por tierra, que la administración de España parecía estar en manos de Rinconete y Cortadillo á veces y á veces de los siete Niños de Ecija, yo, repito, oí en la sesión del lunes con delectación morosa los calificativos arriba citados.

Me pareció que una ráfaga de sinceridad había penetrado en el salón de sesiones del Congreso y que había llegado la hora de la verdad y de la justicia.

Si la niña, que se aburría en la sesión de hace pocas tardes, hubiese estado en la del lunes, no sé si habría encontrado feos á los diputados que se insultaban; pero á buen seguro que los habría encon-

trado más amenos que á aquel diputado que no hacía más que decir su señoría... su señoría... su señoría.

Hagamos votos para que el espectáculo se repita con frecuencia.



Esta noche es Nochebuena...

Al compás de los tambores y al son de las panderetas, cantan las gentes alegres:
¡Esta noche es Nochebuena!

Sufriendo el frío y la lluvia en el quicio de una puerta, se acurruca una familia víctima de la miseria.

Nadie les da pan ni abrigo y de hambre y de frío tiembla... Y el coro canta á lo lejos:
¡Esta noche es Nochebuena!

Con el fusil sobre el hombro, guardando vidas ajenas, apoyado en la garita Juan Soldado cailla y vela.

El viento azota su rostro, cae la lluvia con fiereza... Y el coro canta á lo lejos:
¡Esta noche es Nochebuena!

Tras la reja de la cárcel llora el preso sus tristezas, y de su vida pasada hechos y fechas recuerda.

Nadie acude al prisionero, nadie consuelo le presta... Y el coro canta á lo lejos:
¡Esta noche es Nochebuena!

Sobre la frágil barquilla que las olas zarandean, el pescador desafía el viento, el frío y la niebla.

El viento azota la barca, hace jirones su vela... Y el coro canta á lo lejos:
¡Esta noche es Nochebuena!

En una mísera cuna, víctima de la difteria, muere un niño pequeñito y su alma á la gloria vuela.

El padre llora en silencio, la madre el cadáver besa... Y el coro canta á lo lejos:
¡Esta noche es Nochebuena!

En las sombras de la noche se da al diablo Canalejas recordando la paliza que le ha dado Vázquez Mella.

Aún siente los latigazos de aquella zurra tremenda... Y el coro canta á lo lejos:
¡Esta noche es Nochebuena!

¡AY, LADRON!

Los debates sobre moralidad municipal; las polémicas periodísticas y parlamentarias acerca de la gestión de los Ayuntamientos de Madrid y Barcelona; el asunto del catastro; la cuestión azucarera... Todos estos grandes y pequeños negocios en que se barajan cifras de millonadas y piltrafas de honra, han resucitado el eterno tema de la ética de nuestros políticos.

Las muchedumbres, que, por defecto de educación y por ley de atavismo, no

sienten por el bandolero toda la repugnancia que los cánones de la moral ciudadana imponen á los pueblos bien equilibrados, comentan con fruición estas murmuraciones. El chanchullo, el gran chanchullo cuenta en nuestro país con admiradores entusiastas. Tener fama de ladrón en gran escala, la maestría en el arte de robar sin que puedan cogerle á uno con las manos en la masa, es un timbre de gloria, un atributo de superioridad que inspira el respeto de las gentes.

En Madrid hubo un concejal que compareció ante el banquillo de los acusados para responder de prevaricaciones que quedaron plenamente demostradas. Gracias á poderosas influencias, no purgó en la cárcel sus fechorías, y hoy el hombre puede disfrutar tranquilo del fruto de sus rapinas. Ese concejal ladrón alterna con lo mejorcito, encuentra abiertas de par en par las puertas de los salones aristocráticos y goza de consideraciones en el gran mundo. Dos ó tres veces ha intentado volver al Ayuntamiento y aun cuando no lo ha conseguido porque es monárquico y la fuerza electoral de Madrid está en poder de los republicanos, siempre alcanza nutridas votaciones.

Yo creo que aquellos millares de votos son, de cuantos entran en las urnas, los más sinceros.

Le votan personas que ya lo saben que él es un ladrón, y por esto precisamente le votan. Es gente á quien conviene tener en el Ayuntamiento á un sinvergüenza de toda su confianza. Hay quien es partidario decidido de la teoría del robo, y negaríamos una de las conquistas más preciadas de la libertad, si discutiésemos al ciudadano que tiene la suerte ó la desgracia de profesar estas opiniones, el derecho á favorecer con su voto á la persona que más le plazca.

A veces, cuando llenos de buena fe realizamos campañas descubriendo inmoralidades, lejos de perjudicar, favorecemos á los individuos á quienes dirigimos nuestros ataques. A menudo lo he pensado.

Nuestro léxico, fiel reflejo de nuestra espiritualidad, revela claramente la tolerancia, la infinita indulgencia con que el buen pueblo suele juzgar de estas cosas. En España se dice: «¡Qué ladrón es Fulano», y la frase, lejos de sonar á ultraje, tiene cierto dejo afectuoso. Tanto, que á veces lleva una coetilla. «¡Qué ladrón es Fulano... pero qué simpático.»

Se trata de sentimientos que no se borran tan fácilmente del alma de un pueblo, aficiones heredadas. A nuestras abuelas se les humedecían las pestañas con lágrimas de emoción oyendo hablar de las proezas de José María, de Serrallonga ó de Candelas. Aún no hace diez años reivindicamos á grito pelado nuestro derecho á ejercer el corso por estos mares de Dios.

¿De que nos ha de venir el que nos indignemos porque un concejal robe?

Y verdaderamente no nos indignamos. Lo que ocurre, es que está de moda hacerlo ver.

Por un café y un puro de quince, hay muchos ciudadanos de los que más presumen chillando, que cederían toda la participación que nominalmente les corresponde en la riqueza del Erario municipal de la población donde viven.

El robo siempre ha sido nuestra debilidad.

Los hombres más honorables, los que más se distinguieron por su respeto á la propiedad ajena, se esponjan y se derriten cuando, mirándoles con arrobamiento la mujer de sus quereres, les dice: «¡Ay, ladrón!...»

Para ser buen fusilero hay que armar un compañero.

Decálogo del fusilero.

- 1.º No te contentes con leer el periódico; dalo á leer á cuantos pueda aprovechar su lectura.
- 2.º Mejor, sin embargo, que dar á leer el periódico será que procures armar á cuantos tengan tres pesetas disponibles.
- 3.º No te dirijas nunca á la Administración sin acompañar la carta de una faja, ya que esto ahorra muchísimo trabajo al Chico.
- 4.º Cuando cambies de residencia no te olvides, al notificar el traslado, de consignar el pueblo donde estabas anteriormente.
- 5.º Si envías las municiones en sobre monedero, mete dentro una cartita, ó por lo menos una faja para que el Chico sepa quién es el que manda el dinero.
- 6.º Al terminar el año que tengas abonado, procura ser puntual en la renovación porque el que paga descansa.
- 7.º Si no tuvieras ocasión de remitir las municiones, envía cuatro letras en una postal comunicando tu propósito de seguir armado.
- 8.º Cuando recibas un aviso del Chico, ni debes molestarte, ni mucho menos hacerte el sordo.
- 9.º Si en alguna ocasión tomases el deplorable acuerdo de abandonar las filas fusileras, debes comunicarlo por carta, por tarjeta postal ó devolviendo el periódico á su precedencia.
- 10.º Apréndete de memoria estos mandamientos y obsérvalos con el mayor celo.

DIVAGACIONES

Han transcurrido unas cuantas horas desde la *sesión memorable*; ha renacido la calma, y desde luego ya puedo pensar, razonar y meditar con alguna tranquilidad.

Ya os he dicho, mis dulces amigos, en muchas ocasiones, que todo cuanto se hace en este pícaro mundo, se hace por algo.

Un refrán, sabio, como todos los refranes, dice que *por el dinero baila el perro*.

Y cuando D. Gumersindo, hombre de indiscutible equilibrio mental, se determinó á hacer ese gesto heroico, ha sido por algo.

¡Esto es indudable!

Yo, también lo he dicho muchas veces, que lo mismo creo en el republicanismo de Azcárate que en la cojera de Romanones.

Es decir, á mi modesto, pero leal saber y entender, D. Gumersindo lleva dentro un comité conservador.

D. Gumersindo sabe que la República viene camino de España en pequeña velocidad, lo cual quiere decir que no llegará nunca.

Porque ya sabemos que en la patria de los toros y del cocido, se anda muy mal en materia ferroviaria.

En una palabra, estamos como sesenta años ha, cuando se inauguró el ferrocarril de Barcelona á Mataró, el primero de España.

La gente se pregunta: ¿Quién ha inspirado en D. Gumersindo ese gesto? ¿Qué busca D. Gumersindo al largar esa puñalada al jefe de los radicales?

Pues allá va la respuesta:

Maura, que es un enemigo implacable, y odia á Lerroux, como si fuera cuñado suyo, es el apuntador de esta comedia política parlamentaria.

D. Gumersindo, hombre prudente y comedido, no se hubiese aventurado á meterse en tal lío, sin tener las espaldas muy guardadas.

Por otra parte D. Gumersindo está ya en la senectud, que es una segunda niñez.

Y como los niños, aunque anden cerca de los setenta son caprichosos y antojadizos, ¿quién sabe si el austero Azcárate no querrá morirse sin gustar de las ricas mieles de ser ministro?

Y pues ha llegado la ocasión de hablar claro hay que decirlo todo.

D. Gumersindo no ha escupido jamás la ocasión de ponerse en contacto con las instituciones, aunque haya sido escudado

en el cumplimiento de sus funciones como catedrático; D. Gumersindo desempeña un cargo, que aunque gratuito es de nombramiento Real, el de presidente del Instituto de Reformas Sociales; D. Gumersindo, en fin, es un republicano gubernamental, que es querer ser algo y no ser nada.

De modo que, después de tales antecedentes, á mí no me sorprendería que don Gumersindo hiciera una pequeña evolución hacia la monarquía, caso que no sería nuevo ni tendría nada de particular, porque para medrar en política, la frescura y el desahogo son condiciones indispensables.

Claro es que entre ver á Azcárate de ministro de la monarquía y á Lerroux de presidente del poder ejecutivo de la República, todos preferiríamos lo primero; pero esto no es obstáculo para que reconozcamos que la excomunión del emperador del Paralelo no se ha cocido en el horno del sabio catedrático.

D. Gumersindo, mucho más equilibrado que Maura, tal vez hubiese realizado aquel acto, pero guardando la forma.

Y como dijo Ayala,

«en las cuestiones de Estado, la buena forma es el todo.»

Esto, por lo que se refiere á Azcárate. En cuanto á Pablo Iglesias, aunque tiene de tonto lo que Romanones, me parece que se la han dado con queso.

La política tiene recursos y encrucijadas para los cuales no está organizado aún el jefe del partido socialista.

Es demasiado decente para eso.

DESCARGAS CERRADAS

He leído que D. Alfonso proyecta construir en el Pardo una barriada de 20 casas para obreros.

Me parece muy bien.

En la misma noticia leo que la construcción empezará en los primeros días de Marzo y que las casas deberán estar terminadas en el plazo de 30 días.

¿Y cómo se las van á componer para poder hacer la construcción en tan breve plazo? ¿A qué contratistas se va á dar el encargo?

Por si mi indicación puede servir de algo, voy á decirle al señor Ripollés á quienes puede acudir para este menester especialísimo.

¡A los señores Corcho Hijos, constructores del evacuatorio de la Puerta del Sol!

Como estos señores constructores no hay otros en España; para unas prisas no tienen precio.

Figúrense ustedes que se acordó construir el evacuatorio y los señores de Corcho, empezaron la obra á las 10 de la noche de un día y á las seis de la mañana del siguiente ya se pudo entregar al servicio público.

Al señor Canalejas le habló el señor Mella de su vida pública y el presidente del Consejo contestó hablando de su vida privada.

Congruencia se llama esta figura.

A los donostiarras les ha tocado el gordo.

Y aquí, en Madrid, nos hemos quedado con el flaco.

Al discutirse en el Congreso si podía ó no ir al gobierno á la sesión permanente, el señor Azcárate opinó como Maura, el señor Lerroux como Canalejas y el señor Sol y Ortega como Mella.

¡Y luego que anden diciendo por ahí que no hay unidad de miras en la minoría republicana!

